

# Misión cumplida

**Daniel Nesquens**

**A**parté a un lado de la mesa la novela que estaba leyendo mi madre, unos folios garabateados por mi padre, el periódico del día y coloqué un folio de un blanco azúcar que hacía daño a los ojos. Me senté, cogí mi bolígrafo favorito y me dispuse a escribir un cuento. ¡Como si escribir un cuento fuese una tarea sencilla!

No es que yo sea un escritor profesional, ni siquiera un simple aficionado. No. Lo que ocurre es que doña Trinidad, nuestra profesora, nos había mandado escribir un cuento. No sólo a mí, también al resto de mis veinte compañeros de aula, de estudios.

La culpa de que tuviéramos que escribir un cuento no era de doña Trinidad, la culpa la tenía un escritor que había aparecido por nuestro colegio con la intención de hablar de los libros que escribía. Se trataba de unas jornadas de Literatura. Y a los de mi clase nos había correspondido una entrevista con dicho autor.

El escritor era un hombre que, seguro, ya no cumplía los cincuenta. Calvo y algo regordete, pero con el rostro muy simpático. La visita resultó muy agradable, por lo menos para nosotros. De lo que menos se habló en aquellos cuarenta minutos que duró la charla fue de los libros de aquel señor algo regordete. En los primeros minutos del encuentro, nadie se atrevía a preguntar, y el escritor empezó a explicar el trasfondo de sus cuentos: sus protagonistas, sus argumentos, su respeto a la naturaleza, su lenguaje, su estilo... Total: un poco aburrido. Menos mal que Clara (Clarita para todos, excepto para doña Trinidad)

alzó su brazo y se atrevió a preguntar:

«¿Está usted casado?», quiso saber mi amiga Clara. «Sí, señorita», contestó algo lacónico el autor. «¿Y quiere usted mucho a su señora», siguió Clara. «Sí, por supuesto», contestó.

Y ya no se pudo parar la batería de preguntas, y de respuestas. Todos levantamos el dedo solicitando turno para nuestra pregunta.

«¿Cuántos hijos tiene?» «¿Cree usted en los Reyes Magos?» «¿Quién cree usted que va a ganar la Liga de fútbol?» «¿Dónde pasó usted su luna de miel?» «¿Cuál es su programa de televisión favorito?» «¿No cree usted que las vacaciones de verano deberían ampliarse hasta el mes de diciembre?» «¿Prestaría su cepillo de dientes a un amigo?» «¿Tiene usted carné de conducir?» «¿Cuál es su lugar ideal para vivir?» «¿Se pelea mucho con su mujer?» «¿No cree usted que los semáforos deberían tener cuatro colores?» Como puede observarse el tipo de preguntas resultó variado.

Yo también pregunté. Cuando terminé de formular mi pregunta doña Clara me miró como se mira a alguien que escribe la palabra *vida* con *b*.

«¿Cómo prefiere usted la tortilla de patatas, con cebolla o sin cebolla?», pregunté. No creo que fuese una pregunta difícil de responder, al contrario. Si aquel señor hubiese contestado: «Con cebolla»; yo hubiese creído que le gustaba la tortilla de patatas con cebolla. O si hubiese contestado: «Sin cebolla»; yo hubiese entendido que no le gustaba la cebolla en la tortilla de patatas. Pero he

aquí que ni contestó ni una cosa ni la otra. Buscó con su mirada a doña Clara. Ambos se encogieron de hombros. Doña Clara preguntó:

«Bien, ¿alguna pregunta más?»

Nadie dijo nada.

El escritor de cuentos recogió sus papeles, los percutió contra la mesa, donde había dejado su cartera de piel, y los aparejó. Su bolígrafo hizo un *clic* y la cremallera de su cartera de piel un *scrach*. Ofreció su mano a doña Clara y de nosotros se despidió con un discreto «Buenos días». Alberto, que es el más pelotas del mundo, le acompañó hasta la salida del recinto escolar. Cuando regresó a clase nos enseñó un libro que le había regalado el escritor. *El indio que no sabía hacer señales de humo*, era el título. Ciento cinco páginas, incluidas las ilustraciones.

Una vez terminada nuestra charla, doña Clara hundió sus manos en los bolsillos de su chaqueta (mala cosa cuando sus manos quedaban ocultas en los bolsillos), nos miró a todos traspasándonos, y habló:

«Habéis desaprovechado una oportunidad magnífica de conocer a uno de los autores con más premios a su espalda, reconocido internacionalmente. Ni una sola pregunta acerca de sus libros, de sus personajes, de su particular concepción del mundo, de su sentido del humor. Se habrá llevado una imagen lamentable de este colegio», e hizo una pausa. Se giró sobre la pizarra, cogió una tiza y escribió, justo en el centro de la pizarra:

«Para el próximo lunes, escribir un cuento».



LOURDES BELIVER.

Se volvió a girar y nos miró a todos.

«Ya que pensáis que escribir un cuento es tan sencillo (¿de dónde se había sacado tal aseveración?) os mando, como deberes para el próximo lunes, que escribáis un cuento. Os voy a enseñar yo a desaprovechar una oportunidad como ésta. Mal educados, que sois unos desconsiderados.»

Así que, una vez apartado de la mesa todo lo que me molestaba, me encontraba delante de un folio en blanco, con un

bolígrafo en la mano y con la obligación de escribir un cuento. Difícil. Muy difícil.

Me imaginé al autor que nos había venido a visitar en la misma situación en la que yo me encontraba (cambiando el bolígrafo por una pluma estilográfica, todos sabemos que los escritores escriben con pluma). Pero, claro, había una diferencia, él era un profesional. Se ganaba la vida escribiendo, narrando, contando historias. Seguro que conocía perfectamente las técnicas para escribir un cuento.

Yo en cambio lo único que había escrito había sido una postal que le envié el verano anterior a mi prima Anita. La escribí en la playa, debajo de la sombrilla, comiendo un helado. Algunas gotas del helado fundido por el calor cayeron en la postal, en la parte destinada al remitente. Estuve más de media hora pensando qué debía escribir. Como no se me ocurrió nada me deje llevar por el bolígrafo, y escribí:

«¡Uf!, ¡qué calor!



LOURDES BELVER.

los, sólo un milagro imposible de imaginar podría prolongar la vida de aquellas personas. Que sus ocupantes saliesen del avión, que recogiesen sus maletas y que con los ojos vidriosos regresaran a sus casas sanos y salvos, dando las gracias por el final feliz, por el milagro. Me acercaba al final del folio, tenía que terminar, rápido, escribí:

«Y el avión, de repente, milagrosamente, cuando apenas tres metros le separaban de los matorrales que crecían en aquel erial, se curvó, se arqueó. Se puso paralelo al suelo y fue recobrando la altura perdida. ¡Estaban salvados! Los pasajeros reían de felicidad: el empresario industrial que volvía después de haber firmado un buen contrato, la pareja de recién casados que regresaban de una apasionada luna de miel, los abuelos que tenían el propósito de ver a sus nietos queridos, el padre que retornaba después de haber estado más de quince días fuera de casa, el estudiante que terminaba de realizar un curso en el extranjero, toda la tripulación reía dichosa».

No continué escribiendo, cogí el folio y me fui a la ventana. Pero el avión seguía cayendo. Cayendo. Hasta que, de repente, cuando apenas tres metros le separaban de los matorrales que crecían en aquel erial, se curvó, se arqueó. Se puso paralelo al suelo y fue recobrando la altura perdida. ¡Estaban salvados! Los pasajeros reían de felicidad: el empresario industrial que volvía después de haber firmado un buen contrato, la pareja de recién casados que regresaban de una apasionada luna de miel, los abuelos que tenían el propósito de ver a sus nietos queridos, el padre que retornaba después de haber estado más de quince días fuera de casa, el estudiante que terminaba de realizar un curso en el extranjero, toda la tripulación reía dichosa.

Yo reía entusiasmado, contento, feliz... Y los ojos se me hicieron agua. En una de aquellas gotas me pareció ver cómo el piloto del avión (un Boeing 747-SP) me mostraba su mano tras la ventanilla, juntaba sus dedos, los recogía sobre sí mismos, levantaba el dedo pulgar e inclinaba su mano apretada hacía mí. Pude leer sus labios: «Gracias, Samuel».

Misión imposible, no. Misión cumplida.

«Tu primo que tanto te quiere, Samuel».

La verdad es que la escritura no es mi fuerte. Prefiero leer a escribir. Y ahora, por culpa de los gustos culinarios (cebolla sí, cebolla no) de un autor regordete, me veía en la obligación de escribir un cuento. Pero un cuento ¿de qué?, ¿de miedo?, ¿de misterio?, ¿de humor?, ¿de ciencia-ficción?, ¿de aventuras?...

Nunca hubiera imaginado que contar una historia en un folio fuera tan complicado. Reflexionaba sobre la posibilidad de escribir un cuento ambientado en el Oeste americano, no. Tal vez un cuento de un niño que sabe magia, menos. Dos amigos perdidos en la selva, tampoco. Una rana que abandona su charca en busca de su madre, nada. ¡Jo!, era un lío.

No conseguía concentrarme en algo concreto. Me levanté de la silla y me fui a mirar por la ventana esperando encontrar al otro lado del vidrio la fuente de inspiración, la musa. Ni musas ni leches. Fue justo mirar y ver cómo una avión caía en barrena (tengo que explicar que vivo en las afueras de la ciudad, y que si miro por la ventana veo casas y antenas de televisión, pero también veo unos magníficos campos y las estribaciones de una sierra cercana). Pues bien, aquel avión, que dejaba una estela de humo grisáceo tras de sí, caía del cielo. Caía como si hubiese sido abatido por un poderoso misil de guerra. No parecía un avión de combate, más bien me pareció un avión de los grandes, de los de pasajeros. Tal

vez un Boeing 727, o un 737, o un 747... Si lo que estuviera cayendo del cielo hubiera sido un coche estoy seguro de poder aclarar si era un Peugeot 106, un Renault Twingo o un BMW, pero no era el caso.

Cada segundo que pasaba, el avión estaba más cerca del suelo, y por qué no decirlo, de la muerte. Imaginé al avión estrellándose en las faldas de la sierra, explotando en mil pedazos, un fogonazo de color violeta, el humo negro formando una nube trágica, infinitas manchas salpicando la tierra. Una catástrofe. Si renas de bomberos, de ambulancias...

El avión perdía altura de manera alarmante. Tal vez era un fallo del piloto automático, tal vez uno de los motores estaba averiado, tal vez se trataba de un error humano...

Yo, atónito, observaba desde la ventana. No podía hacer nada. Se me hizo un nudo en la garganta. Imposible tragar saliva, se me erizó el vello. Mis ojos miraban con angustia. No quise ver más. Corrí a la habitación. Cogí el bolígrafo y empecé a escribir sobre el folio blanco. Escribía a borbotones. Sin respetar las más elementales normas ortográficas, sin comas, sin puntos, pero con decisión, con coraje. Escribía vertiginosamente, algo torcido. Escribía un cuento de un avión que caía en picado. Un fallo en el motor. El piloto rezaba entre dientes, las azafatas se santiguaban y los pasajeros se morían de angustia, de zozobra: agonizaban. Sólo un milagro podría salvar-